

NIGEL GLENDINNING

(East Sheen, 16-IX-1929-Londres, 23-II-2013), *in memoriam*

La muerte de Nigel Glendinning no ha pasado desapercibida. Los numerosos y sentidos correos electrónicos en que los colegas comunicaban la noticia en febrero dieron pronto paso a las necrológicas que en las semanas siguientes publicaron Jesusa Vega, Valeriano Bozal, Henry Ettinghausen, Marjorie Trusted, Philip Deacon o Ralph Penny en *El país*, *ABC*, *La vanguardia*, *The Times*, *The Independent*, *The Guardian* o el *Daily Telegraph*. Estas últimas formas de justo reconocimiento no vinieron sino a prolongar aquellas que, afortunadamente, Glendinning mereció en vida. Sus nombramientos como académico de la Española de Bellas Artes (1975) y la Hispanic Society of America (1977), como Comendador de la Orden de Isabel la Católica y como Doctor Honoris Causa por las Universidades de Southampton (1989) y la Complutense de Madrid (2006), y el premio Elio Antonio de Nebrija y el de la Fundación Amigos del Museo del Prado (2005), supusieron el reconocimiento a una rica trayectoria académica que había arrancado con su licenciatura en Literatura Española y Francesa por la Universidad de Cambridge (1953) y se desarrollaría en las cátedras de literatura española de Southampton (1962), el Trinity College de Dublín (1970) y el Queen Mary and Westfield College de la Universidad de Londres (1974), donde era emérito desde 1991.

Aquel joven catedrático que terminó convirtiéndose en uno de los mejores embajadores del dieciocho español en el ámbito anglosajón, y en uno de los máximos representantes de ese hispanismo que tanto hizo por remozar nuestros estudios literarios y tanto nos hizo reflexionar sobre nuestra propia condición, dedicó sus primeros afanes a Cadalso. Su tesis doctoral culminó en ese clásico del dieciochismo que es *Vida y obra de Cadalso* (Gredos, 1962), y esta línea de investigación fructificó también en innovadoras ediciones, como la de sus *Escritos autobiográficos y epistolario* (Tamesis, 1979) o el *Calendario manual y Guía de forasteros en Chipre* (CSIC, 1982), y en ediciones críticas de obras conocidas en las que se proponían nuevas fijaciones textuales y nuevos enfoques de lectura, como las de las *Noches lúgubres* (Espasa Calpe, 1961), las *Cartas marruecas* en colaboración con Lucien Dupuis (Tamesis, 1966) o *Los eruditos a la violeta* (Anaya, 1967).

Paralelamente, arrancan también de los años sesenta sus investigaciones sobre Goya, con hitos como *Goya and his critics* (Yale, 1977; Taurus, 1983), *Goya. La década de los Caprichos. Retratos 1792-1804* (RABASF, 1992) o el más reciente *Arte, ideología y originalidad en la obra de Goya* (Universidad de Salamanca, 2008). De las fuentes y referencias literarias en los *Caprichos* se ocupó precisamente a sus 79 años en su último encuentro con los colegas espa-

ñoses, en el IV Congreso de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII organizado por el Instituto Feijoo en 2008, donde obviamente no faltaron conversaciones sobre la, llamémosla dieciochescamente, *polémica* sobre las atribuciones de Goya, cuyo último eslabón era el controvertido asunto de *El Coloso*.

A las referencias de Cadalso y Goya hay que sumar sin duda su historia de la literatura del siglo XVIII español (Benn / Barnes & Noble, 1972; Ariel, 1973, 2000), verdaderamente innovadora y casi única alternativa durante lustros a 'el Alborg' en los planes docentes universitarios, que fue la obra por la que lo conocimos inicialmente tantos filólogos en ciernes.

Y restan las decenas de artículos en que Glendinning fue desbrozando parcelas poco transitadas del dieciocho, como la de la primera mitad del siglo, con sus estudios sobre la pervivencia de Góngora y su acercamiento a aquella anacrónica poesía barroca que, había que ver el porqué, se empeñaba en permanecer.

Quizá el denominador común de este nutrido corpus de estudios generados a lo largo de cinco décadas no sea solo el siglo al que dedicó sus afanes sino el cómo lo hizo, con unas garantías metodológicas y un sutil equilibrio entre los modos de la investigación tradicional (*Vida y obra de...*) y las nuevas modas críticas que convierten sus estudios en verdaderos clásicos. Por un lado, como los trabajos siempre contemplaban el trabajo de archivo, aportaban nuevos datos y cincuenta años después pueden ser matizados, pero siguen siendo fiables. Por otro, frente al historicismo de corte decimonónico y el análisis temático que aún campaban a sus anchas por estos lares, su atención a la estética, la estructura y la retórica parecía propia de la Nueva Crítica, pero estos análisis del *texto en sí* van mucho más allá de su mera descripción, pues la trascienden, atendiendo siempre a los porqués históricos, sociales y culturales.

En los correos de las últimas semanas andaba Nigel a vueltas con la autoría de la «Inscripción para el túmulo del Excmo. Sr. D. Josef de la Cueva, duque de Alburquerque por D. J. B. Arriaza» incluido en las *Rimas en honor de la España*, para intentar establecer definitivamente si era de Arriaza o de Diego Colón y Sierra, Delio palentino, porque pese a la bibliografía trajinada, quedaban aún, decía, «bastantes misterios por explicar». Quizá no solo las respuestas que nos dio, sino sus preguntas, su afán, es su legado.

Como también lo será la generosidad, la cordialidad y esa ironía sonriente y escéptica, notas todas de un humanismo, quizá de una ilustración, que tanto disfrutamos los que sabemos que se puede decir de Glendinning, como le decía el conde de Aranda a su admirado Cadalso, «Vmd. es hombre de bien y buen amigo».

ELENA DE LORENZO ÁLVAREZ
Universidad de Oviedo